

PENSAMIENTO ECONÓMICO DE WILLIAM PETTY (1632 - 1687)

Luis Jair Gómez G.*

I INTRODUCCIÓN:

El tratar un tema como el de los aportes de uno de los primeros incitadores a crear las bases que hicieran posible el análisis de la Economía Capitalista como William Petty, tiene el riesgo de llevarnos a la idea de que estamos empeñados en la búsqueda de la fuente de todos los conceptos maestros de la expresión actual dominante de la economía. Ese esfuerzo por rastrear los precursores de un conocimiento moderno cualquiera, en la seguridad de que los más recientes son apenas continuadores de un saber que tiene todas sus raíces en un pequeño puñado de hurgadores, nos pone en la muy riesgosa posición de forzar demasiado el pensamiento del autor hasta deformarlo completamente. Frente a este peligro nuestra posición será la de contextualizarlo en la época en que vivió y en la formación académica o empírica que recibió, como manera de obtener una aproximación adecuada del verdadero valor de su aporte.

* Profesor titular. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín.

En este orden de ideas, como el patrón que se sigue no es el de mirar el conocimiento de épocas pasadas como par del actual, se está lejos de juzgarlo a partir de patrones vigentes, impensables para su tiempo. En esta medida se toma distancia de formas de análisis como la Schumpeter¹, quien considera a nuestro autor como “indigente” en algunos aspectos de la Economía, que apenas si eran pensables como un barrunto o sólo empezaban a aflorar tímidamente las condiciones que pudieran hacer posible su formulación.

A tono con esta última línea de pensamiento cabe hacer otra consideración importante, cual es la de que en ningún momento se parte de la idea de una historia de un campo cualquiera del conocimiento, en este caso de la economía, como un proceso simplemente lineal y acumulativo. Al respecto, se acepta la existencia de rupturas, de cambios de paradigma, que desechan por completo o parcialmente, categorías, interacciones, estructuras o racionalidades, que aparecen, frente a la creciente complejización del sistema social, como inadecuadas o, por lo menos, insuficientes para la interpretación de nuevos procesos socioeconómicos. En estos casos, algunos de los componentes de las teorizaciones previas exigen un replanteamiento, en donde apenas se conservan elementos residuales, o se reacomodan estructuras previas, que, en consecuencia, presentan nuevas formas de interacción, que deben, por consiguiente, reflejarse en el nuevo sistema de pensamiento.

Otro aspecto introductorio que se debe señalar, es que se llega al autor directamente a través de su obra más destacada “Treatise of taxes & contributions”, y en ningún caso armando un rompecabezas a partir de piezas dispersas rescatables de algunos críticos o historiadores de la economía. Es ésta pues, mi propia interpretación, con todas sus debilidades y fortalezas que se le puedan atribuir.

Se divide el trabajo en tres apartes a saber: su época; su formación; sus aportes a la economía.

II. SU ÉPOCA:

Nuestro hombre vive en el siglo XVII, entre 1632 y 1687, un siglo que divide a sus analistas bajo dos perspectivas dominantes y excluyentes entre sí. Un buen número de historiadores lo identifican como el “Gran Siglo”, por excelencia, en respuesta, se dice, al aura de “clasicismo”, que caracteriza el esplendor de las cortes, en pleno apogeo : “La corte introdujo gran número de lujos y modas nuevas. Todo el mundo llevaba una vida de placeres y ostentaciones, y el brillo de la Restauración había atraído a Londres a numerosas familias”, dice Defoe². Se ha pasado y se ha consolidado, en efecto, al poder cortesano, al poder de la realeza sobre extensiones que antes eran una gran cantidad de principados minúsculos, ahogados en disputas de alcoba, en vergonzosas peleas familiares por asegurar la herencia y el poder otorgados por el título nobiliario refrendado. El arte consolida el esplendor que desde el *quattrocento* emerge, y alcanza las grandes creaciones del Shakespeare maduro, de Cervantes, Gracian, Velázquez y muchos más; es cuando el espíritu del Renacimiento ha cobijado a todos y ha tomado distancia de las obras de la Edad Media.

Otro grupo de historiadores reconoce, en cambio, al siglo XVII, como el “siglo de la crisis”; una denominación que no deja de tener cierta seducción. Marineau³ nos llama la atención sobre el real significado del vocablo “crisis”, y reclama para él, el sentido hipocrático, el de “un cambio súbito y claro, para bien o para mal”. Dentro de las manifestaciones de la crisis se pueden señalar entre muchas, las guerras, numerosas en la época, - se pueden rastrear más de 11 grandes levantamientos de los irlandeses contra los ingleses,

desde fines del siglo XIII hasta inicios del siglo XVII, cuando aparece Cromwell, quien sucede a Ormond-; y la peste que sin llegar a los niveles del siglo XIV, no deja de tornar inseguro el crecimiento demográfico, que parece despegar desde el siglo anterior; “Fue hacia principios de septiembre de 1664 cuando yo, al igual que el resto de mis vecinos, supe incidentalmente que la peste había vuelto a invadir a Holanda; pero ya había azotado violentamente aquel país, sobre todo Amsterdam y Rotterdam, en el año 1663, cuando decían que había sido introducida, según unos de Italia, según otros de Oriente....”, escribe Defoe en su “Diario del año de la peste”⁴.

Los cambios son realmente importantes y en frentes variados; muchos, en realidad la mayoría, se insinúan desde el siglo anterior, o aún desde el XV. De estos vale la pena destacar para nuestro propósito, por lo menos cuatro.

En primer lugar, en el plano estrictamente político, se pasa de la Ciudad-Estado, o del principado personalizado del final de la Baja Edad Media, al Estado-Nación, lo que impone un ordenamiento político-económico hasta ese momento desconocido, en tanto ya no se trata de una economía personal de gastos del Señor feudal, como la llama Sombart⁵, a partir de la retribución servil, equilibrada con la dádiva señorial, sino de una economía política para el Estado-Nación que debe preservar sus intereses colectivos con base en impuestos y contribuciones.

Esta transición política hacía la sociedad moderna, que queda claramente recogida en la expresión de Luhmann⁶ “en la transición de la diferenciación estratificada a la diferenciación funcional del sistema social”; se revela, en toda su plenitud, desde el “Príncipe” de Maquiavelo (siglo XVI, 1532) hasta el “Tratado” de Petty (siglo XVII, 1662). Mien-

tras el florentino le escribe al Príncipe para que pueda “conservar su estado”⁷, con apoyo en su “conocimiento de los negocios públicos”⁸; Petty “escribe estas hojas para liberar su cabeza de muchos conceptos problemáticos y no para aplicarlos al uso de alguien en particular”⁹ sino porque “Irlanda debe comprender la naturaleza y medida de los impuestos y contribuciones”¹⁰

La transformación del concepto entre el siglo XVI y el XVII, es diáfana: el primero se preocupa por la suerte del Príncipe en su principado; el segundo por la suerte del Estado con “pesadas obligaciones con la gente pobre de un país debilitado”¹¹

En segundo lugar, en el orden de la mecánica, se abandona la idea geocéntrica Ptolomeica y, con apoyo en novedosas bases puramente métricas que se inician en 1542, con el “*De revolutionibus orbium coelestium*” de Copérnico, se llega, ya en el siglo XVII (1687), a una teorización con pretensiones de universalidad, sobre la que se erige la ciencia occidental: “las causas y las propiedades de los efectos que aún no se conocen, y que son del mismo género que los que se conocen, son causas y propiedades iguales a las de los efectos que se conocen”, según axiomatiza Cotes, con la anuencia del mismo Newton, en el prefacio a la segunda edición de los “*Principia mathematica*”¹²; o para utilizar la expresión misma de Newton en su “Escolio General”: “En esta filosofía (la filosofía experimental) las proposiciones se deducen de los fenómenos, y se convierten en generales por inducción”¹³.

Alrededor de esta fundación de la física clásica surgen dos conceptos que tendrán gran peso en las categorías de la economía, en primer lugar el concepto de trabajo unido a la idea de fuerza que aparece con Kepler en 1621, quien cambia la concepción neoplatónica tradicional del alma, en-

tendida como espíritu que anima y da movimiento a los cuerpos celestes por la de “fuerza”, entendida como el “auténtico principio sobre el que se ha construido la física celeste”¹⁴. En segundo lugar el concepto de tiempo ; la anotación de Newton, en su primer Escolio , distingue el “tiempo absoluto”, que es el verdadero y matemático, y que en consecuencia no tiene relación con algo externo, del tiempo “aparente y vulgar”, cuya magnitud se establece con respecto a lo sensible. Hay que señalar entonces que este último es el concepto tradicional y vigente para la economía ligada a la categoría “trabajo”. Cabe pues, anotar la relación prenewtoniana entre tiempo y trabajo, que permite establecer relaciones de duración que hacen posible cuantificar el trabajo, concepto éste último, que no entra de lleno en la física sino tres siglos después, en tanto el mundo newtoniano y pretermodinámico está dominado por las “fuerzas”. Sólo la economía tendrá el trabajo en el centro de sus preocupaciones, pero estará siempre, hasta Marx, ligado al “tiempo vulgar, relativo y aparente” de Newton.

En tercer lugar, en el orden de los seres vivos, si bien Vesalio, en el siglo XVI, deja atrás la visión artística de la morfología humana de Leonardo, ya plenamente mecánica, pero que recoge en su Tratado de la pintura, “la legalidad de los movimientos elementales, la organización de lo vivo”, según la acertada frase de Jaspers¹⁵, es realmente desde Fernel, en el mismo año en que apareció la obra de Vesalio, -1542-, en su texto *De naturali parte medicinæ*, donde separa forma y función reunidas y ancladas en la mirada de *Humanis corporis fabrica*, desde donde se parte para que Harvey, ya en el siglo XVII (1651) se encaminara “a la posibilidad de encauzar el dinamismo biológico en la observación” (Cid¹⁶), y se empezaran a plantear relaciones entre ontogenia y filogenia, retomando y transformando la epigénesis aristotélica.

En cuarto lugar, en el orden de la economía, desde el siglo XV, cuando el capitalismo, bajo la expresión del mercantilismo íntimamente ligado, y en realidad hecho posible, al inicio exitoso de los viajes transoceánicos y la instauración de las “factorías”, se empiezan a desbordar definitivamente los moldes feudales de la economía anclados en una dinámica de retribución y dádiva, con un trasfondo de solidaridad comunitaria, hasta un espacio de intercambios personales, cuyo crecimiento exige la generalización de la moneda como un símbolo de interacción, que apenas se había insinuado como anomalía, en la sociedad comunitaria medioeval.

Pero es preciso advertir que a pesar de estos fuertes cambios de paradigma, particularmente en la economía, no se da una completa sustitución del modelo feudal, sino que es un proceso gradual, donde el fenómeno del intercambio con mediación del dinero, ofrece la posibilidad de cuantificar la variación entre el antes y el después de la transacción, lo que exige la creación de una Aritmética personal, más realmente comercial, que va dando identidad al comercio como actividad individual dentro de la economía. Esta expresión de la comunicación social no encaja dentro del paradigma feudal y, por el contrario, vitaliza la ciencia de la adquisición de bienes por intercambio, tan fustigada por Aristóteles, aunque nunca completamente desaparecida. Esta “anomalía” social empieza a ganar espacio y a emular con el modelo económico oficial, al cual va desbordando lentamente. Es decir, hay un periodo durante el cual la relación social entre la *Reserva* y el *Manso*, en el interior de la Europa posromana, ve surgir en el Mediterráneo, en las costeras Venecia, Génova o Marsella, una nueva relación apoyada en una expresión de intercambios entre el proveedor de mercancías y un demandante o cliente, de ellas, situado generalmente a distancia, lo que obliga a que se generalice esa extraña institución, inventada y puesta a punto por el comercio marítimo

portugués, la *factoría* (del portugués *feitorie*), o agente comercial.

Es éste un marco muy general de los cambios, que en lo intelectual, retratan la época en que vivió Petty, y que revelan en el fondo, que el siglo XVII constituye el periodo en que empiezan a advertirse con mayor claridad los nuevos rumbos que el mundo, sobre todo el Occidental, se dispone a tomar, abandonando definitivamente las estructuras que caracterizaron el espacio medioeval. Para emplear la provocante expresión de Berman¹⁷, hay un “desencantamiento del mundo” con el paso “del hermetismo al mecanicismo” que se instaura con Newton y la Royal Society, de la cual Petty es uno de sus fundadores y a la cual también asistió Newton.

Se trata en definitiva de una época que, por el peso de las culturas anteriores que se resisten a ser revividas para aprestigiar los derroteros modernos de los campos del conocimiento que van surgiendo en la tradición europea, se mitifica con frecuencia, y, en consecuencia, se encubre una cierta conexidad en tanto se destacan algunos puntos de referencia que precisamente, nos permiten advertir la modernidad, más como un cambio parsimonioso sobre una tradición ya milenaria, que como un surgimiento *ex novo*.

III SU FORMACIÓN:

William Petty nació en Romsey, Hampshire, el 26 de mayo de 1632. Después de algunas aventuras como marinero, se dedicó a estudiar medicina en Leiden, París, Utrech y Amsterdam, hasta doctorarse en Oxford en 1649. Luego fue profesor de anatomía en el mismo Oxford y paso luego a ejercer como médico del ejercito irlandés. Enrique Cromwell le encargó del reparto de las tierras que habían sido confis-

cadadas en Irlanda. También allí alcanzó un escaño en el parlamento y fue nombrado, en 1661, Inspector General de Irlanda, en tiempos de Carlos II. Regresó luego a Londres, donde en su juventud había sido profesor de música, y ahora es uno de los fundadores de la Royal Society. Murió en Londres, el 16 de diciembre de 1687, año en que aparecen los *Principia* de Newton.

En 1662 escribe su obra fundamental: Tratado de Impuestos y Contribuciones, en la que se plantean las funciones sociales del Estado, y la forma de obtener el soporte económico para cumplir tales funciones.

En 1665 publica *Verbum Sapienti*, donde expone sus ideas sobre la moneda.

En 1672 aparecen dos obras más: Ensayo Sobre Aritmética Política, y Análisis Político o Anatomía de Irlanda.

En 1682 aparece una nueva obra: Lo menos que puede decirse sobre la moneda (*Quantulumcumque concerning money*), que fue redactada en forma de preguntas y respuestas.

Uno de los mayores méritos que se le suelen atribuir, en cuanto a su metodología de trabajo, es el uso de la estadística, que aunque incipiente en su época, resultó ser muy fructífera para sus análisis. Schumpeter, al respecto, señala que Petty “intentó dominar los hechos estadísticos desde el punto de vista teórico e interpretarlos, siendo plenamente consciente de la meta a alcanzar, cosa que después de él, no ha vuelto a hacerse nunca con tanta lucidez”¹⁸

Recordemos que para Schumpeter el análisis económico sólo es posible a partir del conocimiento de la teoría econó-

mica, de la historia y de la estadística; y en los trabajos de Petty falta tanto una teoría económica, -capitalista digo-; como un análisis histórico; de ahí que sólo se refiera elogiosamente a su capacidad, original además, del uso de los datos.

IV SUS APORTES:

Para hablar de sus aportes conviene hacer notar que las muy fuertes mutaciones que ha sufrido el pensamiento económico capitalista desde sus inicios, precisamente en los trabajos de Petty, dan la posibilidad de distintas miradas, pero, en realidad, no parece adecuado hacer la lectura de sus obras a partir de cualquiera de las varias esquematizaciones que permiten las teorizaciones “ortodoxas” o “heterodoxas”, hoy vigentes.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que, en su época, se está en un momento, en que, con excepción de la visión aristotélica de la Economía esbozada en “La Política”, y que con algunas modificaciones, sobre todo las moralistas del cristianismo, mantuvo su vigencia hasta el final de la Edad Media, dentro del llamado mundo occidental, no hay antecedentes importantes, y si los hubiera, Petty nunca los toma como referencia. Habría que anotar al respecto por lo menos dos puntos: en primer lugar la economía no es aún reconocida como un campo académico, como si lo era el de la medicina, disciplina precisamente en la que se formó Petty.

En segundo lugar Petty se desenvuelve en un periodo en que apenas está configurándose, precisamente, uno de los elementos centrales de la llamada “Modernidad”, el Estado-Nación, que por no existir anteriormente no hacía posible ninguna referencia. En este punto baste recordar ese paso del “Príncipe” de Maquiavelo en el siglo anterior, a los desa-

rollos de Petty como base de su trabajo, y el cual ya hemos mencionado.

También es tradicional hablar de Petty como de uno de los mercantilistas, y en este sentido se parte de la idea de que sus conceptos económicos son una formación elaborada de las expresiones iniciales de la Aritmética Mercantil, cuya obra más conspicua es el texto de Paccioli; sin embargo, la preocupación de aquellos era la de generar un instrumental aritmético y una metodología que permitieran hacer cuentas personales de compraventa; si esta interpretación es correcta, Petty, en ningún momento entra a elaborar un avance sobre esta expresión embrionaria de la dinámica capitalista.

Siendo así, antes de Petty, la economía capitalista se había desarrollado en el plano instrumental de cuantificar excedentes monetarios acumulables, pero en ningún momento se propuso desentrañar su origen y naturaleza. Pero no hay que engañarse, nuestro autor no parte de la necesidad de una teorización sobre la actividad económica en si misma, y hasta puede decirse, que ni siquiera reconoce algo como ésto en tanto no existe una diferenciación que la haga identificable como campo específico sobre el cual necesite reflexionarse. Su preocupación es bien otra. Es reconocer que ahora existe una entidad política, el Estado-Nación, cuya función no depende de la benevolencia del Príncipe, quien reclama, por poder, una tributación; sino de un aparato social, claramente diferenciado y de mucho mayor alcance que requiere, para cumplir sus funciones ahora reconocibles, de un soporte presupuestal, que debe formarse por tributación de los beneficiarios mismos del Estado.

Hay que decir entonces, que Petty en ningún momento inicia, - y menos aún continúa -, un proceso de identificación

de una Economía como tal, sino que simplemente vincula al individuo, como agente económico, al Estado, pero no para hacer reconocible la Economía, sino para autonomizar y hacer viable el Estado-Nación. En otras palabras, con Petty la economía capitalista empieza a crear un pasado propio que le permitirá reconocerse así misma a través de su propia red teórica característica, la cual tardará un tiempo más en construirse. En consecuencia, puede decirse entonces, apoyándonos en Luhmann¹⁹, que Petty lo que realiza es la aplicación de un análisis funcional, y, por lo tanto, su verdadero rendimiento teórico hay que buscarlo en la construcción del problema que lo mueve a sus reflexiones. Siendo así, su éxito, - que lo obtuvo en mi sentir -, está dado por la manera como especifica la relación entre el problema y la posible solución, y no por la construcción de un primer andamiaje teórico del sistema económico en desarrollo en la época.

La consideración con la cual empieza el Prefacio de su texto es bien clara: “Aunque escribo estas páginas para liberar mi cabeza de algunos conceptos problemáticos, y no para aplicarlos a nadie o a algo en particular; sin embargo nacen al mismo tiempo en que el Duque de Ormond viaja a Irlanda a asumir como Lord lugarteniente; y aunque tales conceptos bien pueden ser aplicados a ese lugar, como a cualquier otro, pueden también ser de poco efecto en cualquiera de ellos”.

Pasa luego a enumerar las obligaciones de Irlanda como Estado. Su afirmación es contundente: Irlanda depende de su pueblo por completo. De acá se desprende el problema central que se propone resolver en su texto: las funciones del Estado requieren de la tributación de su pueblo, pero esta tributación tiene que depender de normas que permitan cuantificarla y que hagan posible una carga tributaria equita-

tiva a los ingresos y al patrimonio. No existían las fundamentaciones teóricas que hicieran posible esta tarea en tanto la economía sólo estaba a nivel de noción, y el Estado-Nación en la búsqueda de la legitimación. Frente a esta limitación conceptual, los preocupados por este tipo de fenómenos, - Petty en Inglaterra, Colvert en Francia, como los más destacados de la época-, sólo podían operar como preanalistas con fines estrictamente funcionales, pero con referencia al Estado como institución naciente pero real. Para desarrollar esta tarea formidable bajo tales condiciones, era necesario cumplir dos requisitos: diferenciación de las categorías económicas, es decir, reconocimiento de ellas, y delimitación del Estado como institución. El problema para resolver era sobre qué bases calcular los impuestos y contribuciones que hicieran posible al Estado cumplir sus obligaciones. Para resolver este problema, Petty, considera que es necesario saber primero cual es la "misteriosa naturaleza de la renta"; luego, cómo se valora esa renta; cómo se tasa el impuesto, y, por último, cómo se recauda ese impuesto. Se pasa así, de las preocupaciones puntuales de una Aritmética del intercambio comercial individual, a una verdadera Aritmética Política.

Hay que recalcar en todo caso, que no se trata de fundar una teoría económica, sino de posibilitar el Estado como superestructura. Esta fundación exige vincular al sujeto económico, que apenas se está identificando en un subsistema (el económico) en formación, con el sistema estatal. Debe insistirse en que no se está fundando el campo de la economía sino el Estado, pero éste necesita de la Economía.

La necesidad de ir configurando una noción de economía capitalista, es la exigencia del paso de una sociedad de dádiva y retribución que se desenvuelve en un espacio autosuficiente cuyo núcleo es el feudo; a una sociedad capi-

talista donde la tributación se hace del individuo al Estado, es decir, hay una deconstrucción de la sociedad feudal comunitaria para dar paso a una sociedad erigida sobre la riqueza individual, entendida como acumulación, y que se coloca bajo el manto protector del nuevo Estado.

La primera tarea, después de reconocer las obligaciones del Estado, es identificar “las causas que aumentan o agravan las distintas clases de cargas públicas”..., tanto las generales como las particulares.

En este punto se revela una de las contribuciones realmente importantes de Petty a los análisis presupuestales: el uso del método estadístico. Hay una muy aguda utilización de lo que se llamaría, ya en el siglo XX, estadística descriptiva, que le permite distinguir, con mucha lucidez, los componentes de una población y las relaciones numéricas entre ellos. Con justa razón en este punto Schumpeter ha escrito: “Petty forjó instrumentos teóricos para abrirse camino a través de la maraña de datos y de aquí que, a cada paso, encontremos en su obra consideraciones teóricas llenas de ideas vigorosas y sensatas”²⁰.

A este respecto llama la atención sobre los costos tributarios que implica la segmentación de la iglesia en distintas confesiones, lo que innecesariamente incrementa el número de obispos, párrocos, abades, capillas, colegios y catedrales, lo que se manifiesta en un aumento de los diezmos. Aboga entonces por una gran reforma de la administración religiosa que va hasta la instauración del celibato para evitar el aumento de la procreación. Su argumentación es ingeniosa: como existen más hombres que mujeres en Inglaterra, es fácil encontrar entre 5 millones de personas 5.000 que pueden y deben vivir solteros, esto es, 1 en 1.000. Concluye entonces que “nuestra persona soltera podría vivir tan bien

con la mitad, como lo hace ahora con el beneficio completo”. (Cap. II, 22, p. 8).

De igual manera analiza la forma de disminuir los costos presupuestales de la medicina. “No es difícil, - escribe -, apoyados en las observaciones hechas últimamente de los datos de mortalidad, conocer cuantos enfermos hay en Londres con base en el número de los que mueren, y, a partir de la proporción en la ciudad, encontrar la del país; y, con base en ambos, contando con el consejo de lo aprendido en la facultad, calcular cuantos médicos se necesitan para toda la nación, y, consecuentemente, cuantos estudiantes, en tal arte, se deben permitir y estimular; luego de calcular este número, se puede adoptar la proporción de cirujanos, boticarios y enfermeros necesarios; y de esta manera, cortar del total y extinguir la infinita multitud de vanos pretendientes” (cap, II, 29, p. 10)

A partir de los datos presentes en los archivos bancarios, sobre todo en el registro de préstamos y depósitos, propone que se estudie el número de mayoristas y se pueda llegar además a conocer, a partir del crecimiento de la manufactura, el consumo y la importación, el número de comerciantes necesarios para manejar el intercambio de la producción excedente con la de los otros países. Se llegaría también, por esta metodología, a calcular la cantidad necesaria de detallistas que subdistribuyan en todas las villas de la Nación, estos bienes y que a su vez reúnan los excedentes que allí se producen. Esto permitiría recortar los detallistas de más, que en realidad no reciben nada del presupuesto estatal y que, por cierto, no generan ningún producto, y son sólo unos jugadores que se pelean el trabajo de los pobres, pero que operan como venas y arterias para “distribuir los jugos nutritivos del cuerpo político, principalmente la agricultura y la manufactura””. (cap. II, 32, p. 11).

Caben por lo menos dos anotaciones a este párrafo, en el que de nuevo se revela su original capacidad para el análisis estadístico, cuando aún se está a más de un siglo de Quêtelet. De un lado el valor de la analogía para buscar solucionar las carencias de una teorización. En efecto, el conocimiento del reciente descubrimiento de Harvey, (1628), sobre la circulación sanguínea, lo habilita para explicar cómo, al dar trabajo a los pobres por parte de los minoristas “subdistribuidores” de los bienes, éstos operan “como las venas y arterias, (que) distribuyen hacia adelante y hacia atrás la sangre y los jugos nutritivos del cuerpo político”. Es, precisamente F. Cid²¹ quien recuerda que en una de las dos cartas que sucedieron a la publicación del *De motu cordis*, Harvey indica que la sangre caliente regada por las arterias al resto del cuerpo, “recalienta las extremidades y las nutre”. En otro aparte, recuerda además como la sangre se distribuye del centro a la periferia (extremidades), pero también “a través de las venas la sangre vuelve de las extremidades al centro”²². La analogía es pues inequívoca.

Pero seguramente uno de los aportes fundamentales de Petty, por el cual suele ser más recordado entre los historiadores de las ciencias sociales y por los economistas que consideran importante apoyarse en el proceso histórico de formación de su campo de trabajo, es el relativo a la renta. Este aspecto lo desarrolla en el capítulo IV que titula “De las varias formas de Impuesto, y primero, de separar una proporción de la totalidad territorial para usos públicos, de la naturaleza de Tierras de la Corona, y segundo, por medio de avalúo, o impuesto de tierra”. En este capítulo empieza por indicar la importancia de que el valor de los impuestos sea justo, y que la gente se sienta satisfecha de pagar lo que es necesario para su gobierno y protección, y además para el honor de su Príncipe y País”; enumera distintas maneras de tasar los impuestos, con sus limitaciones, ven-

tajas y dificultades para su valoración, hasta que en el numeral 12 escribe : “Pero antes de hablar tanto de rentas, debemos empeñarnos en explicar su misteriosa naturaleza, con referencia a la moneda, cuya renta llamamos usura; como a la de las tierras y casas, antes mencionadas” (cap. IV, 12, p.24).

Nace en este punto, la definición de la renta, sobre la cual elaborará en adelante, la economía clásica, toda su teoría al respecto. Dada su importancia hagamos su transcripción: “Supóngase que un hombre podría con sus propias manos plantar un cierto espacio de tierra con cereal, esto es, podría cavar o arar, escarificar, deshierbar, cosechar, llevar a casa, trillar y cerner tanto como el cultivo de su tierra produce; y ha retirado la semilla para una siembra igual; digo que cuando este hombre ha recuperado la semilla procedente de la cosecha y también, cuando el mismo ha comido y dado a otros en cambio de vestido y otras necesidades naturales; que el remanente del grano, es la renta natural y verdadera de la tierra para ese año; y la media de siete años, o más bien de tantos años como hacen el ciclo, dentro del cual escaseses y abundancias hacen su revolución; conforman la renta de la tierra en cereal”. (cap, IV, 13, p. 24)

Resuelto este problema central del cual se ocupará en adelante la economía hasta la aparición de los neoclásicos, entra a plantearse el problema de la valoración en numerario de esta renta, lo cual resuelve diciendo que este cereal o renta vale tanto dinero inglés “como otro hombre solo pueda reservar, dentro del mismo tiempo, sobre sus gastos, si se emplea asimismo por completo, en producirlo y cosecharlo en su integridad”. (cap, IV, 14, p. 25)

Pero va más allá, hasta presentar una equivalencia no agrícola de la cual Marx, dos siglos después hará eco fre-

cuentemente: “Dejemos que otro hombre, - escribe a continuación -, viaje a un país donde hay plata, la extrae, la refina, la lleva al mismo lugar donde el primer hombre ha plantado el cereal; la acuña y demás; mientras trabaja la plata, esta misma persona consigue su alimento para sus propias necesidades vitales y se procura su propio vestido, etc.; digo que la plata del uno, tiene que ser estimada en un valor igual al del cereal del otro: siendo el uno, quizás veinte onzas y el otro veinte *bushels*. De donde se sigue que el precio de un *bushel* de cereal es igual al de una onza de plata”. (cap. IV, 14, p. 25)

Son de destacarse en esta originalísima exposición acerca de la “misteriosa naturaleza” de la renta y la equivalencia de las mercancías, por lo menos tres aspectos importantes, sobre los cuales vuelve una y otra vez a lo largo del texto: a) la posición central del trabajo en sus análisis; b) el concepto de renta como excedente sobre lo indispensable para las necesidades naturales; y c) el uso del tiempo de trabajo como rasero de las equivalencias de los distintos productos.

Obsérvese sin embargo, que a pesar de que estos tres aspectos tendrán que ser el punto de referencia obligado de las teorizaciones económicas hasta Marx; no busca, en ningún momento Petty, identificar una economía como tal, en tanto su análisis se hace exclusivamente en función del Estado, y en ningún caso de la economía. Al respecto es bien conocida su definición sobre la “Aritmética Política” que entiende como el arte de razonar mediante cifras acerca de cosas referentes al gobierno. Es punto para aclarar que una economía como tal, sólo es posible establecerla con los fisiócratas, quienes, por primera vez en la historia de la economía capitalista, se empeñan en identificar las estructuras de la economía, al margen de

las estructuras del Estado; precisamente para poder construir los puentes entre una economía identificable por su dinámica característica, - circular, por cierto -, y un Estado ya consolidado.

Con respecto al trabajo, Petty apenas insinúa como valoración, su equivalencia a lo necesario para renovar la capacidad de realizarlo de nuevo, y esto sólo como insinuación, muy insegura además (hasta dos veces lo necesario, dice); pero la carencia de una analogía en la medicina le impide avanzar en este aspecto. En realidad no es casual esa marcada dependencia que nuestro autor tiene del campo médico, -de gran prestigio en su tiempo, por supuesto-, para plantear, a través de la analogía, la dinámica, en el sustrato social, de lo que se llamaría Economía Capitalista posteriormente.

Hay que decir además, que la posición central que el trabajo ocupa en los esfuerzos explicatorios de la dinámica social de la época, aunque se proyecta principalmente hacia la construcción de las bases metodológicas que hagan posible resolver los problemas de financiación de las cargas del Estado, como cuando dice en un aparte del numeral 17 del capítulo XIV (p. 70) “la buena o mala calidad, o el valor de la tierra, depende de la mayor o menor cantidad de producto obtenido en proporción al trabajo simple dedicado a producir tal producto”; le permite a Petty derivar hacia otros aspectos que deben validar la importancia social del trabajo más allá de su peso económico, como cuando señala, en otra parte del texto, que el hombre que no ejercita sus manos en el trabajo se hace sensible a las torturas de la mente, y que la carencia de trabajo atolondra a los hombres. (cap, III, 13, p. 17). En adelante la laboriosidad será exaltada como virtud y permitirá a Franklim decir en el siglo siguiente que “el tiempo es oro”.

Pero descubrir la “naturaleza misteriosa” de la renta no es suficiente para establecer el monto del impuesto o contribución del sujeto económico, es necesario también encontrar la forma de establecer el valor de las cosas. “Digo sobre esta materia que todas las cosas deben ser valoradas por dos denominaciones naturales, cuales son Tierra y Trabajo; esto es, debemos decir que un barco o una prenda de vestir tienen el valor de una medida de tierra, con otra medida de trabajo; en tanto ambos, el barco y la prenda, fueron la creación de las tierras y de los trabajos de los hombres; se sigue que siendo ésto cierto, será grato encontrar una paridad natural entre tierra y trabajo, así que podamos expresar el valor solamente por uno de ellos mejor que por ambos, y reducir uno al otro tan fácil y seguramente como reducir peniques a libras” (cap, IV, 18, p. 26)

Una vez establecido el valor de las cosas a partir de la idea de que son creaciones de la tierra y el trabajo; es necesario considerar el valor de la tierra en sí y del trabajo en sí.

Respecto al valor de la tierra como propiedad, parte naturalmente de la valoración de la renta entendida como valor del usufructo por año; y de nuevo Petty recurre al concepto de ciclo productivo, como la había hecho en torno a la renta del suelo; ahora lo hace en términos de ciclo de vida humana, a mi entender, en un intento por superar la herencia como expresión del feudalismo, para pasar a la propiedad privada como expresión del capitalismo. El valor de la tierra como propiedad privada se establecerá entonces, por el equivalente al tiempo que pueden vivir simultáneamente, el abuelo, el hijo y el nieto, o, como dice el autor, el tiempo que pueden coexistir un hombre de cincuenta años, otro de veinte y otro de siete; en tanto pocos hombres pueden lograr tener como preocupación, una posteridad mayor. De acuerdo al promedio inglés de la época, -y acá vuelve el estadígrafo

a hablar -, la simultaneidad de estas tres personas en línea continua descendente, se puede tasar en 20 años. Advierte sin embargo, nuestro autor, la existencia de otra serie de condicionantes, como la capacidad productiva de la tierra, la distancia al centro de consumo, la disponibilidad de vías de comunicación, etc., es decir, todo aquello que se incluirá posteriormente dentro de la renta diferencial del suelo en los clásicos. En efecto, estas ideas fueron, como se sabe, utilizadas posteriormente por Marx, aunque naturalmente con otras valoraciones, en tanto ya se dispone de un recorrido en la configuración de un campo del conocimiento específico reconocible inequívocamente como economía, inexistente a la sazón para Petty.

En el terreno de la usura o interés, definido tal como él lo entendió, es decir, en compensación por los inconvenientes de ceder un dinero que puede ser utilizado para sus propias necesidades, también es valorado a partir de la renta de la tierra: "En cuanto a la usura, -dice Petty-, lo menos que puede ser, es la renta de tanta tierra como se pueda comprar con el dinero prestado, en el caso de no existir riesgos; pero cuando éstos existen, entonces debe aumentarse una especie de seguro al interés natural simple, que no debe exceder una usura muy razonable, no superior al principal en sí mismo". (cap., V, 3, p. 29).

El autor hace una extensa digresión acerca de las aduanas, -importaciones y exportaciones-, cuyos impuestos buscan fundamentalmente aprovechar lo que hoy se denomina ventajas comparativas, para estimular la exportación, insinuando gravarlas en forma tal que mantengan su competitividad en el mercado extranjero que las demanda; y las importaciones, gravándolas a partir de la idea de la protección a la producción nacional. Puede decirse en este punto, que estamos frente a las teorizaciones que F. List desarrollaría en

el siglo XIX, con las cuales se busca fortalecer el Estado a partir de un proteccionismo inicial. Otras discusiones hacen relación a los diezmos de las iglesias y sus inconveniencias, en tanto pueden indisponer al pueblo si no son bien tasados, o si resultan muy altos cuando se le suman los impuestos del Estado. Al respecto escribe: "A pesar de que el diezmo no es un impuesto, hablo de él porque tiene el mismo *modus* o patrón (...), y de igual manera se pueden defraudar tanto a la nación como a la iglesia". (cap. 12, 13, p. 61). Conviene indicar sin embargo, que todas estas exposiciones de tipo metodológico principalmente, no tienen más que un valor histórico, dada su aplicabilidad sólo dentro de las circunstancias propias de la época, que, por supuesto, ya han quedado atrás.

En este mismo terreno puede entenderse su concepción sobre la moneda, cuya visión parte de varias apreciaciones, dentro de las que cabe destacar principalmente dos: 1. La de que la moneda puede asimilarse a la grasa del cuerpo político, y por lo tanto puede llegar a ser perjudicial, según se dice en *Verbum sapienti* (1665)²³. No escapa a nadie la analogía con la medicina de Harvey. 2. La apreciación de que el valor intrínseco de la moneda se establece, como el de todas las cosas, por el trabajo y la tierra invertidos en su producción, a partir de lo cual se cuantifican las equivalencias naturales que viabilizan los intercambios. Su referencia es inequívoca al respecto: "Si un hombre puede traer a Londres una onza de plata, sacada de la tierra en Perú, en el mismo tiempo en que produce un *bushel* de cereal, entonces uno es el precio natural del otro; ahora bien, si en razón de minas nuevas y más accesibles, un hombre puede obtener dos onzas de plata tan fácilmente como el primero obtuvo una, entonces el grano será tan barato como decir 10 chelines el *bushel*, como antes era a cinco chelines *cæteris paribus*. (Cap. V, 10. P. 32). Lo anterior le permite concluir

que “el aumentar o disminuir el valor de la moneda es una manera tramposa e inequitativa de poner cargas tributarias al pueblo, lo cual es un signo de la pérdida de prestigio del Estado al ser sorprendido en estas liviandades que son acompañadas de la deshonra de la efigie impresa del Príncipe para justificar la alteración de los bienes y, en consecuencia, traicionar la fe pública, como es el caso cuando se da a las cosas el nombre que no tienen” (cap. XIV, 19, p. 71).

Estas consideraciones nos muestran que la moneda constituye para Petty uno de los aspectos más complicados en su intento por reconocer, denominar y definir categorías económicas precisas. El conflicto es evidente: la moneda tiene un valor intrínseco definible a partir de su ecuación tierra-trabajo, que, en principio, permitiría constituirse en equivalente para los efectos del intercambio de los bienes. En esa medida parece posible construir con ella un **equivalente universal**, puesto que obedece al principio central de la lógica del valor económico, lo que hace posible dar a cada transacción un signo inequívoco. Pero surge otra dificultad insalvable : los bienes transables tienen la característica de ser “necesarios”, mientras que la moneda no, lo que le da la condición de “artificial”, al “valor equivalente” (cap. XIV, 17, p. 70); esta carencia de la exigencia de “natural” de ese equivalente, indispensable para que sea inequívoco y le de universalidad, explica la manipulabilidad e incontrolabilidad de la representación de valor que se le atribuye a la moneda.

Toman todo su sentido dos de las citas que Braudel nos entrega: “la moneda no es más que la grasa del cuerpo político: su exceso es perjudicial para su agilidad; su escasez le hace enfermar”, la cual ya habíamos citado; analogía médica que se refleja luego en la respuesta a la pregunta 26 de su texto “Todo lo que puede decirse acerca de la mone-

da". Se pregunta Petty, según la transcripción de Braudel²⁴: "¿Qué puede hacerse si hay poca moneda?. Respuesta: Tenemos que crear un banco, una máquina para fabricar créditos, para aumentar el efecto de la moneda existente".

No puede pues cumplirse, en la comunicación económica, el ideal propuesto, por la misma época, por los lógicos de Port Royal, respecto a una lengua universal, de "dar a cada representación un signo inequívoco (...) que evitase la ambigüedad"²⁵

Quisiera, por último hacer referencia sólo a dos aspectos más que considero de gran importancia por su significación dentro del marco conceptual trazado por Petty. Se trata de su preocupación por el trabajo en una doble derivación al campo de la moral. De un lado, indica que el ocio puede conducir a vivir de la limosna o del robo, que pueden reportar más de lo suficiente para las necesidades y así inducir a despreciar, por siempre el trabajo, a pesar de que se presenten buenas oportunidades. (cap. II, 38, p. 13). El trabajo entonces es, con la tierra, el centro en torno al cual se establece el discurso pettiano, pero como su espacio de análisis no es la economía capitalista, en tanto ésta aún no se ha diferenciado hasta hacerse identificable como cuerpo proposicional autónomo, sino el Estado, las otras referencias al trabajo apuntan a la dimensión social en su expresión moral. El capítulo X, lo dedica al análisis de las penalizaciones, pero con orientación explícita a la importancia del trabajo en el comportamiento social.

Empieza señalando que "las penalizaciones usuales son la muerte, las mutilaciones, la prisión, el escarnio público, los castigos corporales y las grandes torturas, además de las multas pecuniarias" (cap. X, 1, p. 47). A partir de esta enumeración desarrolla una discusión para mostrar que, con

excepción de las multas, todas las demás penalizaciones sustraen a los castigados, de la posibilidad de generar riqueza. Su expresión se ajusta, punto por punto, a la lógica del trabajo como generador de riqueza y al Estado como necesitado de ella. "Aquí recordamos como consecuencia de nuestra opinión, - escribe Petty en el numeral 10 del capítulo X -, que el Estado, por las ejecuciones, las mutilaciones o el encarcelamiento de sus miembros, se castiga a sí mismo; por lo tanto tales castigos deben (tanto como sea posible) evitarse y conmutarse por multas pecuniarias, las cuales aumentarán el trabajo y la riqueza pública". (p. 49).

Esta forma de vincular el trabajo a la codificación moral de la sociedad de la época, muestra claramente que la sociedad capitalista es una sociedad con complejidades propias que la distinguen cada vez más del pensamiento feudal, mejor aún, medioeval. Indudablemente estamos frente a un análisis funcional que se ve ante la obligación de relacionar la codificación moral tradicional con la importancia del trabajo para viabilizar la nueva institución Estatal, la cual a su turno, empieza a desplazar a la iglesia de su posición de preeminencia en el ordenamiento de la sociedad. De esta manera este análisis conduce a mostrar que las expresiones moralizantes de la sociedad medioeval pugnan con el nuevo orden social que instaura la forma política del Estado-Nación.

El análisis, sin embargo, va mucho más allá, y ante la carencia de una economía como cuerpo teórico identificable *per se*, Petty recurre a su formación médica e introduce un artefacto teórico para hacer intencional su discurso. En el centro del párrafo antes transcrito, coloca, entre paréntesis, uno de los asertos más citados, realmente mal citados, de nuestro autor: "Que el trabajo es el padre y principio activo de la riqueza, como las tierras son la madre". Es innegable

que por el contexto en el que está incrustada esta afirmación, la referencia es para avalar una posición social normativa, - moral -, y en ningún caso discursiva de la economía. El discurso teórico al cual recurre Petty, es al de la *Generazione animalium* que Harvey ha producido, a partir de trabajos experimentales, unos pocos años antes y que afirma que “la fecundación es la obra de un instante, algo como una infección que la esperma produce en todo el cuerpo femenino”, según la transcripción que J. Rostand hace del texto de Harvey.²⁶ Es el punto para recordar que Marx recoge la idea pettiana de que “el trabajo es el padre de la riqueza”, tanto en *El Capital*²⁷ como en *Las Teorías sobre la Plusvalía*²⁸, para apoyar el carácter central del trabajo dentro de su teorización económica sobre el valor; pero exige descontextualizarla, en tanto en Petty utilizó esta analogía para plantear la equivocación que significaba el código punitivo vigente frente al Estado-Nación, como nueva institución; y además, en términos de valor, para el autor inglés el trabajo en ningún caso opera sólo.

Para terminar quiero traer a cuento la afirmación de Foucault cuando dice que: “la determinación de las elecciones teóricas realmente efectuadas (.....) se caracteriza ante todo por la función que debe ejercer el discurso estudiado *en un campo de prácticas no discursivas*”²⁹. Este es, en efecto, uno de los grandes méritos de Petty, puesto que aborda la problemática que enfrenta, en función de dos consideraciones sociales concretas: hacer presupuestariamente viable al Estado a partir de tasas impositivas a sus ciudadanos, para lo cual es necesario definir qué es renta; de donde se origina, y como se valora; y de otro lado cómo el Estado distribuye sus ingresos en la Sociedad, en donde además de un Príncipe benevolente, aparecen comerciantes mayoristas y minoristas que sin producir nada, actúan como las venas y las arterias que distribuyen la sangre y los jugos

nutritivos del cuerpo político, al utilizar el trabajo de los pobres.

Para enfrentar estas problemáticas acude a elecciones teóricas desarrolladas en la medicina mecanisista de Vesalio y de Harvey, que se prestan como referentes funcionales para hacer identificables e inteligibles las categorías del espacio económico en formación, carente aún de prácticas discursivas propias.

Hay que puntualizar, en fin, que la claridad de Petty, se puede atribuir al carácter funcional de las nociones que descubrió, en la preocupación por viabilizar el Estado; y en consecuencia su genialidad, que la tuvo a mi entender, radica en haber tenido la visión suficiente para reconocer la mutación política que se estaba dando en su época. Petty logra así, un desmantelamiento de la concepción aristotélica que se sitúa, exactamente, en la ruptura entre lo necesario y lo acumulable, como objeto del discurso económico en ciernes; de ahí que las nociones que él identifica no podían formularse a partir de Aristóteles y menos aún del mercantilismo primario, todavía sin un Estado-Nación consolidado o en consolidación.

Bibliografía

- 1 J. A. Schumpeter. Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos. Trad. Por J. Petit F. Oikos-tau ediciones. Barcelona. 1967. P. 46.
- 2 D. Defoe. Diario del año de la peste. Trad. Por C. Pujol. Editorial Oveja Negra. Bogotá. 1985. P. 21.
- 3 M. Marineau. El siglo. En "Pierre Leon. Historia económica y social del mundo. 2. El crecimiento indeciso, 1580 - 1730". Trad. Por I. González. Ediciones Encuentro. Madrid. 1978. P. 64.
- 4 D. Defoe. Opus cit., p. 7.
- 5 W. Sombart. El burgués. Trad. Por M. P. Lorenzo. Alianza editorial. Madrid. 1982. P. 118.
- 6 N. Luhmann. Sistemas sociales (Lineamientos para una teoría general). Trad. Por S. Pappe y B. Erker. Anthropos Editorial. Barcelona. 1998. P. 110.

- 7 N. Maquiavelo. *El Príncipe*. Cap. II. Editorial Bedout. Medellín. 1974. P. 16.
- 8 Idem, Presentación, p. 13.
- 9 W. Petty. *A treatise of taxes & contributions*. Printed for C. Wilkinson and T. Burrel, at their shops in Fletstreet. 1662. London. P. A2. (Preface).
- 10 Idem, p. A3.
- 11 Idem, p. A3.
- 12 R. Cotes. Prefacio del editor a la segunda edición. En "Principios matemáticos de la filosofía natural", de I. Newton. (2 tomos). Trad. Por E. Rada. Alianza editorial. Madrid. 1987. P. 109.
- 13 I. Newton. *Principios matemáticos.....* p. 785.
- 14 D. Bergadá. Las nuevas tentativas de síntesis. En "Historia de la ciencia 2. Edad Moderna, I". Dirg. Por F. Cid. Editorial Planeta. Barcelona. 1979. P. 162.
- 15 K. Jaspers. Leonardo como filósofo. Trad. Por J. O. Pickenhayn. Editorial Sur. Buenos Aires. 1956. P. 20.
- 16 F. Cid. Empirismo sistemático. En "Historia de la ciencia 2. Edad moderna, I". Dirg. Por F. Cid. Editorial Planeta. Barcelona. 1979. P. 202.
- 17 M. Berman. El reencantamiento del mundo. Trad. Por S. Bendersky y F. Huneeus. Editorial Cuatro Vientos. Santiago (Chile). 1987.
- 18 J. A. Schumpeter. Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos. Trad. Por J. P. Fontseré. Ediciones Oikos-tau. Barcelona. 1967. P. 41.
- 19 Opus cit., p. 73.
- 20 Opus cit., p. 41.
- 21 F. Cid. El nacimiento del método científico. En "Historia de las ciencias 2,", p. 199.
- 22 F. Cid. El nacimiento del método científico. En "Historia de las ciencias 2,", p. 199.
- 23 F. Braudel. *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV - XVIII. 1. Las estructuras de lo cotidiano*. Trad. Por I. Pérez-Villanueva. Alianza Editorial. Madrid. 1984. P. 383.
- 24 Opus cit, p. 415.
- 25 J. Montoya. De un texto en preparación para publicación.
- 26 J. Rostand. *La formación del ser*. Trad. Por J. Hernández. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1956. P. 53.
- 27 C. Marx. *El Capital*. (3 tomos). Trad. Por W. Rocés. Fondo de cultura económica. México. 1959. T. I. p. 10.
- 28 C. Marx. *Las teorías sobre la plusvalía*. (3 tomos). Trad. Por W. Rocés. Fondo de cultura económica. México. 1980. T. I. p.p. 328 ss.
- 29 M. Foucault. *La arqueología del saber*. Trad. Por A. Garzón. Siglo XXI editores. México. 1972. P. 111.
- 30 Idem, p. 255.